

Al final las cadenas y el oprobio

Escribe: JAIME PAREDES PARDO

El sol del trópico tiñó de un color cetrino, de peña, el rostro de don Sebastián de Belalcázar, y ya los años le habían clavado la garra de las arrugas. Sin embargo, se mantenía derecho, peleando por el imperio y en peleas con los rivales que intentaban reducir su pertenencia. Tal vez por sus ojos vagaba aquella melancolía que dejan los excesos de la carne.

Y así llegó el día en que lo acusaron por “la vida licenciosa que había tenido con muchas concubinas”, en aquel proceso que abriera el licenciado Francisco Briceño, oidor de la Audiencia de Santafé, y en el cual no se toman en cuenta sus hechos, sus hazañas para abrir el imperio y sostener la autoridad del monarca contra los alzados y los amotinados, como el más leal de los soldados de su majestad.

Su historia es una historia de bravura, “el macho pujante” de que hablara el maestro Valencia. Nace en un pueblo de Extremadura que apenas se le conoce por su nombre en el mapa. Ben-alcázar o Bel-alcázar, de un matrimonio de humildes, los Moianos, que además de la yacija tienen por todo patrimonio un borriquillo que les sirve para cargar el cántaro de agua y recoger la leña donde Dios la regala a los pobres, en el bosque.

En el libro de los *Comentarios reales del inca Garcilaso de la Vega*, se dice: “...fueron tres hermanos, dos varones y una hembra, nacidos del mismo parto. El hermano se llamaba Fabián Moiano y la hermana Anastasia Moiano...”. Don Juan de Castellanos, el cronista que narraría su aventura, solo menciona dos varones en el alumbramiento

*“De un parto parió dos, ambos varones,
su madre fuera de la vez primera,
y al nacer Sebastián, el uno de ellos
primero sacó piernas que cabellos”.*

El mocetón, Sebastián, ya no cabe en las ropas, ni en los oficios tan insignificantes que le tienen señalados en aquel hogar de rústicos. Bajo un ceño inexpresivo esconde la rabia y la codicia. Pero hay que seguir tra-

yendo el agua y la leña a lomos del borriquillo. Hasta que un día el pobre animalito se atasca en el barro, y el mocetón ciego de ira, le descarga tales garrotazos que lo revienta. Esa infamia le abrirá las puertas de la historia.

Pues por temor a la represión paterna huye del hogar y duerme donde lo alcanza la noche, sintiendo en la cara ese aire nuevo que sopla ya por los caminos de la península: el descubrimiento de América. Todos se duermen en ese pensamiento, en ese sueño: la Nueva Tierra, América.

Y así se viene como puede, y pelea en todas partes para abrirse camino. Es rápido con la lanza y enérgico para manejar tropas. Lo acosa el afán de surgir, de salir de la masa, de capitanear. El instinto le indica que su destino está en el Pacífico, en las tierras que abriera Francisco Pizarro, en el reino de los incas.

En el puerto de San Miguel, cerca de Lima, recibe de Pizarro el encargo de explorar las tierras del norte, sobre las cuales se tienen noticias halagadoras, tentadoras para esa gente que andaba desbaratando imperios y arrancando el oro donde lo encontrara prendido.

Ande arriba emprende la marcha con un escuadrón de soldados que no llega a la centena. Usa todas las armas para reducir al enemigo, desde el hierro hasta el engaño y la perfidia. Por todas partes lo acompaña la victoria. El es la victoria, su poderoso brazo y el estampido de la pólvora que aterra tanto a los nativos que llegan a pensar que su rayo es un castigo de las divinidades.

En Quito, donde liquida el reino de Atahualpa, establece por un tiempo su cuartel de operaciones. Sus infantes escrutan los cuatro caminos de los horizontes. Siempre hay una avanzada, una columna que otea y da el parte al Adelantado. Siempre hay alguien vigilando y filtrándose por campos de los posibles enemigos, pues no todos los nativos le son adversos. Por cobardía o por interés de aprovechar a los castellanos para cobrar alguna venganza a otros pueblos, a otras tribus. La astucia de Belalcázar mueve con prodigiosa destreza todos esos hilos, todas estas intrigas que acaban por ayudarle a extender más y más su conquista.

Con todo se vive más en pelea. Se viaja por entre una selva de flechas. A lo cual se debe agregar otra batalla, la aspereza de la tierra. La roca, la montaña cerrada, el viento del páramo, el infierno de los valles que les hace sentir como si fueran de candela los yelmos y las corazas.

Y como una siembra de piedra y cal va dejando las villas y las ciudades que funda clavando el pendón de su majestad en señal de pertenencia y dominio.

La benevolencia del clima y ánimo pacífico de los nativos que pueblan la comarca lo hace escoger la villa de Popayán como el domicilio de su preferencia. Sus ranchos pajizos y las primeras construcciones en mampostería son en verdad un cuartel de donde parten órdenes, misivas y postas. Es un puesto de avanzada, pero donde también se puede descansar, orear los huesos y sanar de las heridas, porque de sus colinas y montes desciende una brisa tónica para la piel y las almas.

Y otras villas fundan sus capitanes, en el valle de Lili, y el paso al valle del río Magdalena, en el baluarte de los quimbayas. Por todas partes pasa y se pasea, y un día, como si hubiera sido un milagro, se encuentra en la sabana de Bogotá, en el reino, en el cercado de los chibchas, con otros dos conquistadores, con Gonzalo Jiménez de Quesada, el letrado, y con Nicolás de Federmán, el rubio flamenco que llegaba por el oriente de un largo, de un inverosímil viaje, desde la capitanía de Venezuela, y en una balsa grande, en el puerto de Guatiquía, sobre el río Magdalena, los tres capitanes se embarcan hacia la metrópoli para que su majestad resuelva la querrela de pertenencias y prerrogativas.

No hay uno solo de sus días que no sea de audacia y de trabajo, de garra y de astucia, igual que el de una fiera que ataca o se defiende en la selva. Si duerme, duerme con la espada despierta en la mano. Y es leal con la corona hasta rodar por tierra, ya de más de sesenta años, “con el cuerpo todo herido de heridas”, en la batalla de Añaquito, defendiendo contra Gonzalo Pizarro el predominio de su majestad. Y es feroz hasta ahorcar al mariscal Jorge Robledo, después del combate en la serranía del Pozo, no obstante los ofrecimientos suplicantes de capitulación.

Pero había llegado el final, la hora de juzgarlo, de acabar con su predominio. El imperio no permite que sus soldados se queden con la presa, y ni siquiera los deja que la gocen. Los golillas se encargarán de ello en los procesos en los cuales se les cobra la crueldad y la ambición en que los adoctrinó el mismo imperio.

La causa de don Sebastián se ventila en secreto ante el oidor de la Audiencia de Santafé. Es un anciano el que responde los cargos, airoso todavía de estampa, pero ya con las palabras vencidas y quizás con el alma cansada. “...Se le acusa, entre otras cosas, “por las crueldades de Ampudia y sus demás tenientes con los indígenas, a la caza de los tesoros de Quito; por la vida licenciosa que había tenido con muchas concubinas; por haberse hecho marcar barras de oro sin existir real fundación y, sobre todo, por la muerte dada a Robledo y a sus capitanes”.

Amigos a quienes protegió con largueza, son los primeros en sustentar la acusación. Una historia de amor decidirá su destino. Prendado Briceño de doña María de Carvajal, la viuda de Robledo, cede a sus intrigas y condena al señor don Sebastián a sufrir la última pena.

Mediante pago de crecida fianza en oro, Briceño le concede apelación ante el Consejo de Indias. Abrumado de cadenas lo remiten a la península, a donde no alcanzará a llegar, pues enfermo de fiebres y roído de penas, expira en el puerto de Cartagena, de más de sesenta años.

“Se sabe que en la nao Santa Clara, ya cerca de Cartagena, cuando le quedaba la última raíz, el último aliento de vida, dictó las mandas de su testamento para que las cumpliera su criado Francisco Lozano. Este expediente estuvo refundido cuatro siglos entre los papeles del Archivo de Indias, en Sevilla. Lo halló el boliviano José Vásquez Machicado, amarillo de olvido”.

Lo recibió de labios de Belalcázar, el capitán Hernando de Andigno, quien hizo, entre otras declaraciones, las siguientes: “Primeramente dixo

que ofrecía y ofreció el ánima de dicho Adelantado a Nuestro Señor, que la crió y redimió por la su preciosa sangre; y el cuerpo a la tierra donde fue formado y criado”.

“Item, dixo que mandaba y mandó que el cuerpo de dicho Adelantado que está sepultado en la iglesia de esta dicha ciudad (Cartagena) que está allí donde lo tenían enterrado en depósito hasta entanto que los herederos o otra persona vengan o quieran venir o enviar por los güesos del dicho Adelantado para llevarlos donde les pareciere...”.

En el inventario de sus bienes, se entrelazan la miseria y la gloria: una capa raída, una coraza rota, una chamarra de campaña, una espada.

Apenas si puede hablar el viejo soldado en el camarote de la nao Santa Clara, apenas si le puede dictar todas sus mandas y codicilos al joven capitán Andigno, y como quien se confiesa o se arrepiente, le dicta:

“Item, dixo, que madaba y mandó que se digan otras seis misas rezadas de requiem por las ánimas de todas las naborías, indios e indias que en su servicio murieron siendo cristianos...”.

Y poco a poco se le fue la vida, como agua que abandona el cántaro. ¿Dónde están los “güesos” del señor don Sebastián? En cualquier parte donde se hallen sepultados, los guarda este epitafio de Juan de Castellanos:

*“Yace Belalcázar fuerte
en esta terrestre cama
que cubre la fácil trama:
pero no pudo la muerte
encubrir su buena fama.*

*“Fue de los hados vencido
y a la injuria sometido
de mudanzas temporales;
mas sus hechos fueron tales
que no merecen olvido”.*